



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

LOS SOLTERONES

1) *Pierrette*

2) *El cura de Tours*

3) *Un piso de soltero*

(La Rabouillese)



TOMO IX

“La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: *La Comedia Humana*”.

Balzac

TOMO IX

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

LOS SOLTERONES:

Les célibataires

1) *Pierrette*

Pierrette, 1840

2) *El cura de Tours*

Le curé de Tours, 1832

3) *Un piso de soltero*

La Rabouilleuse, 1842

LOS SOLTERONES

1. - Pierrette



A Mademoiselle Arma de Hanska

Mi querida niña, a vos que sois la alegría de toda una casa; a vos, cuya esclavina blanca o rosada ondea en verano en los macizos de Wierzchownia como fuego fatuo que vuestros padres siguen con mirada enternecida, ¿cómo voy a dedicaros una historia llena de melancolía? ¿Es necesario hablaros de las desdichas que una joven adorada como vos no conocerá jamás, para que vuestras lindas manos puedan consolarlas un día? Es tan difícil, Anna, encontrar en la historia de nuestras costumbres una aventura digna de pasar bajo vuestros ojos, que el autor no tenía otra elección posible; mas quizá sabréis cuán feliz sois al leer la que os envía

Vuestro viejo amigo,
De Balzac

PIERRETE

Un día de octubre de 1827, al amanecer, un joven de unos dieciséis años, y cuyo aspecto denunciaba lo que la fraseología moderna llama con tanta insolencia un proletario, se detuvo en una plazoleta situado en el bajo Provins. A aquella hora pudo examinar, sin ser visto, las diferentes casas situadas a los lados de aquella plaza que forma un rectángulo. Los molinos asentados a orillas de los ríos de Provins ya funcionaban. Su ruido, repetido por los ecos de la parte alta de la población, en armonía con el aire vigorizante y las bellas claridades matinales, subrayaba el profundo silencio que permitía oír el estrépito que hacía una diligencia a una legua de distancia en la carretera. Las dos líneas más largas de casas, separadas por un bosquecillo de tilos, muestran construcciones ingenuas que revelan la existencia apacible y definida de los burgueses. En este lugar, el comercio brilla por su ausencia. ¡Apenas se veían entonces las lujosas puertas cocheras de la gente rica! Y si existían, giraban raramente sobre sus goznes, salvo la de monsieur Martener, un médico que estaba obligado a tener su cabriolé y a utilizarlo. Algunas fachadas estaban adornadas por un emparrado; otras, por rosales de largo tallo que ascendían hasta el primer piso, donde sus flores perfumaban las ventanas en apretados manojos esparcidos. Un extremo de dicha plaza llega casi hasta la calle Mayor de la parte baja de la villa. El otro extremo está cerrado por una arteria paralela

a la calle Mayor y cuyos jardines se extienden a orillas de uno de los dos ríos que riegan el valle de Provins.

En esta extremidad, la más tranquila de la plaza, el joven obrero reconoció la casa que le habían indicado: una fachada de piedra blanca, cruzada por líneas ahuecadas que simulaban hiladas, y cuyas ventanas, con balconcillos de hierro decorados con rosetones pintados de amarillo, estaban cerradas por persianas grises. Encima de esta fachada, cuya altura era la de la planta baja y un primer piso, tres lumbreras de buhardilla horadaban un techo recubierto de pizarra, sobre uno de cuyos aguilones giraba una veleta nueva. Aquella veleta moderna representaba a un cazador en posición de tirar a una liebre. Se subía a la puerta intermedia por tres escalones de piedra. A un lado de la puerta, el extremo de un tubo de plomo vertía las aguas residuales a una pequeña zanja y anunciaba la cocina; por el otro, dos ventanas cuidadosamente cerradas por postigos grises, en los que sendas aberturas en forma de corazón dejaban pasar un poco de luz, le parecieron corresponder al comedor. En lo alto de los tres escalones, y debajo de cada ventana, se veían los respiraderos del sótano cerrados por portezuelas de plancha pintada y horadadas por agujeros muy historiados. Todo era nuevo, entonces. En esta casa restaurada y cuyo lujo aún reciente contrastaba con el viejo exterior de las restantes, un observador hubiera adivinado al punto las ideas estrechas y la perfecta satisfacción del pequeño comerciante retirado. El joven contempló estos detalles con una expresión de placer mezclado con tristeza. Su mirada iba de la cocina a la buhardilla con un movimiento deliberado. El rosado resplandor del sol destacó, en una de las ventanas del desván, un visillo de calicó ausente en las otras lumbreras. La fisonomía del joven mostró entonces una expresión total de contento; dio unos pasos, se adosó a un tilo y se puso a cantar, con la voz lánguida propia de las gentes del Oeste, un romance bretón que ha sido publicado por Bruguier, compositor al que debemos encantadoras

melodías. En Bretaña, los mozos aldeanos lo cantan a los novios el día de su boda.

Os deseamos dicha en el matrimonio, a vuestro señor esposo y también a vos.

Acaban de uniros, señora esposa, con lazos de oro que sólo desatará la muerte.

No iréis más al baile, a lanzas y juegos; guardaréis la casa mientras nosotros iremos.

Habéis comprendido bien como tenéis que ser fiel a vuestro esposo: debéis amarlo como a vos misma.

Tomad este ramo que mi mano os ofrece.

¡Ay!, estos vanos honores pasarán como estas flores.

Esta música nacional, tan deliciosa como la que adaptó Chateaubriand a "¿Te acuerdas aún, hermana?", cantada en el centro de un lugarejo de la Brie, en plena Champaña, debía evocar en una bretona vivos recuerdos, hasta tal punto pinta fielmente las costumbres, la sencillez y los lugares de este viejo y noble país. Domina en ella una indefinible melancolía causada por el aspecto de la vida real, que conmueve profundamente. Este poder de despertar un mundo de cosas graves, dulces y tristes, mediante un ritmo familiar y a menudo alegre, ¿no es la característica de estos cantos populares que son las supersticiones de la música, si aceptamos que la palabra superstición significa todo cuanto subsiste tras de la ruina de los pueblos y sobrevive a sus revoluciones? Al terminar la primera estrofa, el obrero, que no cesaba de mirar el visillo de la buhardilla, no vio que éste se moviese. Mientras cantaba la segunda, el calicó se agitó. Cuando hubo pronunciado las palabras "Tomad este ramo", apareció la figura de una muchacha. Una mano blanca abrió con precaución la ventana y la joven saludó con una inclinación de cabeza al viajero en el momento en que éste acababa el pensamiento melancólico expresado por estos dos versos tan sencillos:

¡Ay!, estos vanos honores
pasarán como estas flores.

El obrero sacó de pronto, del interior de su chaqueta, una flor de color amarillo dorado, muy común en Bretaña y que sin duda había hallado en los campos de la Brie, donde es rara: la flor de la aulaga.

—¿Sois vos, Brigaut? —preguntó la joven en voz baja.

—Sí, Pierrette, sí. Estoy en París, dando la vuelta a Francia; pero soy capaz de establecerme aquí para estar cerca de vos.

En aquel momento, una falleba rechinó en la habitación del primer piso, encima de la de Pierrette. La bretona manifestó el más vivo temor y dijo a Brigaut:

—¡Huid!

El obrero saltó como una rana asustada hacia la esquina que formaba un molino con aquella travesía que desembocaba en la calle Mayor, la arteria de la parte baja del pueblo; pero a pesar de su presteza, sus zapatos claveteados, al resonar sobre el pequeño adoquinado de Provins, produjeron un ruido fácil de distinguir de la música del molino y que pudo oír la persona que abría la ventana.

Esta persona era una mujer. Ningún hombre se arranca al dulce sueño matinal para escuchar a un trovador de chaqueta; sólo las doncellas despiertan al oír cantos de amor. Así, era una doncella, pero muy entrada en años. Después de abrir las persianas con un gesto de murciélago, miró en todas direcciones y sólo oyó vagamente los pasos de Brigaut que huía. ¿Hay algo más horrible de ver que la aparición matinal de una vieja solterona que se asoma a su ventana? De todos los espectáculos grotescos que son la alegría de los viajeros que cruzan las pequeñas poblaciones, ¿no es éste el más desagradable? Es demasiado triste, demasiado repelente para causar risa. Aquella vieja, de oído tan fino, se presentaba despojada de los artificios de todo género que empleaba para embellecerse: No llevaba su encumbrada peluca ni su valona. Llevaba aquel horrible saquito de tafetán negro con el que las viejas se envuelven el occipucio y le salía por debajo de su gorro de dormir, alza-

do por los movimientos del cuello. Aquel desorden daba a su cabeza el aire amenazador que los pintores dan a las brujas. Las sienas, las orejas y la nuca, muy poco ocultas, dejaban ver su carácter árido y seco; sus ásperas arrugas destacaban por su tono rojizo y desagradable que subrayaba aún más el color casi blanco del camisón anudado al cuello por medio de cordoncillos retorcidos. El entreabierto camisón dejaba ver un pecho comparable al de una vieja campesina a quien poco importa su fealdad. El brazo descarnado producía el efecto de un bastón envuelto en una tela. Asomada a su ventana, aquella señorita parecía grande a causa del vigor y la extensión de su cara, que recordaba la amplitud inaudita de algunos rostros suizos. Su fisonomía, cuyos rasgos pecaban por un defecto de conjunto, tenía por característica principal una sequedad en sus líneas, una acritud en sus tonalidades, una insensibilidad en el fondo que hubieran asqueado a un fisonomista. Estos rasgos, entonces visibles, solían modificarse gracias a una especie de sonrisa comercial, una necesidad burguesa que fingía tan bien la bondad, que las personas con quien vivía esta señorita podían tomarla perfectamente por una buena persona. Poseía aquella casa "pro indiviso" con su hermano. Éste dormía tan tranquilamente en su habitación que ni la propia orquesta de la Ópera lo hubiera despertado, y eso que la tal orquesta tiene un diapasón célebre. La vieja solterona sacó la cabeza fuera de la ventana en dirección a la buhardilla, levantó sus ojillos de un azul pálido y frío, de pestañas cortas y plantadas en unos párpados casi siempre hinchados, tratando de ver a Pierrette; pero, después de reconocer la inutilidad de su maniobra, volvió a entrar en su habitación con un movimiento parecido al de una tortuga que oculta la cabeza después de haberla sacado del caparazón. Las persianas se cerraron y el silencio del lugar sólo fue turbado por los campesinos que llegaban o por personas que madrugaban. Cuando en una casa hay una solterona, los perros guardianes sobran: nada le pasa desapercibi-

do; por insignificante que sea el suceso, ella lo comenta y saca todas las consecuencias posibles. Asimismo, esta circunstancia había de dar curso a graves suposiciones, iniciando uno de estos dramas oscuros que se desarrollan en el seno de las familias y que, pese a permanecer secretos, no por ello son menos terribles, si el lector permite que aplique la palabra drama a esta escena de intimidades.

Pierrette no volvió a acostarse. Para ella, la llegada de Brigaut era un acontecimiento inmenso. Durante la noche, paraíso de los desgraciados, ella escapaba de los disgustos y de las complicaciones que tenía que soportar durante el día. Semejante al héroe de no recuerdo que balada alemana o rusa, el sueño le aparecía como una vida dichosa, y el día no era más que un mal sueño. Después de tres años, acababa de tener, por primera vez, un despertar agradable. Los recuerdos de su infancia cantaron melodiosamente sus poesías en su alma. Oyó en sueños la primera estrofa, la segunda la obligó a levantarse sobresaltada; al oír la tercera dudó: los desgraciados pertenecen a la escuela de Santo Tomás. A la cuarta estrofa, se acercó en camisón y descalza a la ventana, para reconocer a Brigaut, su amigo de la infancia. ¡Ah, en efecto, no había duda de que aquélla era la chaqueta cuadrada de pequeños faldones bruscamente cortados por los bolsillos que flotaban a la altura de los riñones, la chaqueta de paño azul característica de Bretaña, el chaleco de Ruán, de tela basta, la camisa de hilo cerrada por un corazón de oro, el gran cuello vuelto, los pendientes, los gruesos zapatonos, el pantalón de tela azul, teñida de manera desigual según las longitudes del hilo, y, en fin, todas esas cosas humildes y fuertes que constituyen el traje de un bretón pobre! Los gruesos botones de cuerno blanco del chaleco y la chaqueta hicieron latir el corazón de Pierrette. A la vista del ramo de aulaga, sus ojos se bañaron en llanto y, después, un horrible terror le apretujó en el alma las flores de sus recuerdos, momentáneamente abiertas. Pensó que su prima había podido oírla levantarse y acercar-

se a la ventana; adivinó la presencia de la vieja e hizo a Brigaut aquella temerosa seña que el pobre bretón se apresuró a obedecer sin comprenderla en absoluto. ¿Esta sumisión instintiva, no representa uno de estos afectos inocentes y totales que, de un siglo al otro, surgen en esta tierra donde florecen como el áloe en la *Isola bella* dos o tres veces cada cien años? Quien hubiese visto a Brigaut poniendo tierra de por medio, hubiera admirado el heroísmo más ingenuo del más ingenuo sentimiento. Jacques Brigaut era digno de Pierrette Lorrain, que iba a cumplir quince años. ¡Dos criaturas! Pierrette no pudo contener el llanto al ver como huía con el miedo que su ademán le comunicó. Después fue a sentarse en un desvencijado sillón, ante una mesita sobre la que había un espejo. Se acodó en ella, tomó la cabeza entre las manos y permaneció pensativa durante una hora, recordando la Marisma, la aldea de Pen-Hoel, los peligrosos viajes emprendidos por el estanque en una barca que el pequeño Jacques le había desamarrado de un añoso sauce, y, después, el arrugado semblante de su abuela, de su abuelo, la cabeza dolorosa de su madre y las bellas facciones del mayor Brigaut; en fin, toda una infancia sin preocupaciones. Tuvo también un sueño en el que veía luminosas alegrías sobre un fondo grisáceo. Llevaba en desorden sus bellos cabellos cenicientos bajo un gorrito arrugado mientras dormía, un gorrito de percal con adornos de tul plegados que ella misma se había hecho. A cada lado de las sienes surgían bucles rebeldes que habían escapado de los papillotes de papel gris. Sobre la nuca pendía una gruesa trenza aplanada y suelta. La palidez excesiva de su semblante revelaba una de esas horribles dolencias propias de las jóvenes, a la que la medicina ha dado el gracioso nombre de *clorosis* y que priva al cuerpo de sus colores naturales, trastorna el apetito y es indicio de grandes desórdenes en el organismo. Aquel tono de cera dominaba todo el color de sus carnes. El cuello y los hombros explicaban, con su palidez de hierba ahilada, la delgadez de los brazos

echados hacia delante y cruzados. Los pies de Pierrette parecían reblandecidos y empequeñecidos por la enfermedad. El camisón le caía hasta media pierna y dejaba ver unos nervios fatigados, unas venas azuladas, unas carnes enflaquecidas. El frío que sentía dio un bello color violeta a sus labios. La triste sonrisa que plegaba las comisuras de su boca, bastante delicada, descubrió unos dientes de un marfil fino y una forma menuda, unos lindos dientes transparentes que armonizaban con sus finas orejas y la nariz algo puntiaguda pero elegante, así como con la forma del rostro que, pese a su perfecta redondez, era lindo. Toda la animación de aquel rostro encantador se encontraba en unos ojos cuyo iris, color tabaco de España, con puntos negros, brillaba con áureos reflejos alrededor de una pupila profunda y viva. Pierrette debió de ser alegre pero estaba triste. Su perdida alegría existía aún en la vivacidad del contorno de los ojos, en la gracia ingenua de la frente y en los planos de su corto mentón. Sus largas pestañas se dibujaban como pinceles sobre unos pómulos alterados por el sufrimiento. El blanco, prodigado con exceso, prestaba sin embargo una gran pureza a las líneas y los detalles de la fisonomía. La oreja era una pequeña obra maestra de escultura: Hubiérase dicho que era de mármol. Pierrette sufría de muchas maneras distintas. ¿Queréis conocer su historia? Voy a contárosla.

La madre de Pierrette era una de los señoritas Auffray, de Provins, hermana consanguínea de madame Rogron, madre de los propietarios actuales de aquella casa.

Casado primero a los dieciocho años, monsieur Auffray contrajo un segundo matrimonio a los sesenta y nueve años. De su primera unión le quedó una hija bastante fea y que desde los dieciséis años estaba casada con un mesonero de Provins llamado Rogron.

De su segundo matrimonio, el bueno de Auffray tuvo otra hija, pero esta encantadora. Así, a consecuencia de una curiosa circunstancia, había una enorme diferencia de

edad entre las dos hijas de monsieur Auffray: La que tuvo con su primera mujer había cumplido cincuenta años cuando le nació la de la segunda. Cuando su anciano padre le dio una hermana, madame Rogron ya tenía dos hijos mayores.

A los dieciocho años, la hija del viejo enamorado se casó por propia inclinación con un oficial bretón llamado Lorrain, capitán en la Guardia Imperial. El amor suele fomentar la ambición. El capitán, que quería alcanzar pronto el grado de coronel, pasó a las tropas de línea. Mientras que el jefe de batallón y su esposa, muy contentos con la pensión que les pasaban monsieur y madame Auffray, brillaban en París o corrían por Alemania a merced de las batallas y las paces imperiales, el viejo Auffray, antiguo tendero de Provins, fallecía a los ochenta años sin haber tenido tiempo de adoptar disposiciones testamentarias. La sucesión del buen hombre fue tan hábilmente maniobrada por el antiguo mesonero y su mujer, que absorbieron su mayor parte dejando únicamente a la viuda del bueno de Auffray la casa del difunto, que daba a la plazoleta, y algunas tierras. Esta viuda, madre de la pequeña madame Lorrain, no tenía más que treinta y ocho años a la muerte de su marido. Como muchas viudas, tuvo la morbosa idea de volverse a casar. Vendió a su nuera, la vieja madame Rogron, las tierras y la casa que había obtenido en virtud de su contrato de matrimonio, a fin de poder casarse con un joven médico llamado Néraud, que disipó su fortuna. Ella murió de pena y en la miseria dos años después.

Así, pues, la parte que hubiera podido corresponder a madame Lorrain, heredera de Auffray, desapareció casi totalmente, quedando reducida a unos ocho mil francos. El mayor Lorrain murió en el campo del honor en Montereau, dejando a su viuda de veintiún años al cuidado de una niña de catorce meses, sin otra fortuna que la pensión a la que tenía derecho y, cuando llegase el momento, la sucesión del matrimonio Lorrain, detallista en Pen-Hoel, aldea de la

Vendée situada en la comarca llamada el Marais. Estos Lorrain, padres del oficial muerto, abuelos paternos de Pierre-Lorraine, vendían madera necesaria para la construcción, pizarras, tejas, lumbreras de tejado, tuberías, etc. Su comercio, ya fuese por incapacidad o por desgracia, iba de mal en peor y apenas les daba de que vivir. La quiebra de la célebre casa Collinet de Nantes, provocada por los acontecimientos de 1814, que produjeron una súbita baja en los artículos coloniales, acababa de hacerles perder veinticuatro mil francos que tenían invertidos en dicha empresa. Por lo tanto, su nuera fue muy bien recibida. La viuda del mayor aportaba una pensión de ochocientos francos, suma enorme en Pen-Hoel. Los ocho mil francos que su cuñado y su hermana Rogron le enviaron después de mil formalidades ocasionadas por la distancia, los confió a los Lorrain, hipotecando sin embargo una casita que éstos poseían en Nantes, alquilada por cien escudos y que apenas valía diez mil francos.

La joven madame Lorrain murió tres años después del segundo y fatal matrimonio de su madre, en 1819, casi al mismo tiempo que ella. La hija del viejo Auffray y de su joven esposa era frágil, pequeña y enfermiza; el aire húmedo del Marais le fue perjudicial. La familia de su marido la persuadió, para conservarla a su lado de que en ningún otro lugar del mundo encontraría un país más sano y más agradable que Marais, que fue testigo de las hazañas de Charette. Tanto la animaron, la cuidaron y la engatusaron, que aquella muerte hizo un gran honor a los Lorrain. Hay quien pretende que Brigaut, un antiguo vandeano, uno de aquellos hombres de hierro que sirvieron a las órdenes de Charette, de Mercier, del marqués de Montauran y del barón Du Guénic en las guerras contra la República, tenía una parte importante en la resignación de la joven madame Lorrain. Si así fuese, esto demostraría ciertamente un alma en exceso amante y abnegada. Mas, por otra parte, todo Pen-Hoel veía a Brigaut —a quien llamaban respetuosamente